

Contemos historias de reyes muertos

Salvador Rueda

Tres crónicas mexicanas. Textos recopilados por Domingo Chimalpáhin (paleografía y traducción de Rafael Tena), México, Conaculta (Cien de México), 2012.

Para Rafael Tena
y Rodrigo Martínez Baracs

“En nombre de Dios, sentémosnos en la tierra y contemos tristes historias de reyes muertos. Cómo algunos fueron depuestos, algunos muertos en batalla, algunos perseguidos por los espectros [...]”. Así decía el melancólico y resignado soliloquio de William Shakespeare en su tragedia histórica *Ricardo II*, al

* Director del Museo Nacional de Historia, INAH.

hacer recuento de los caídos y de los supervivientes en la agitada vida política inglesa. Para Shakespeare, el pasado no era más que enredada y sangrienta contingencia, tejido urdido por virtudes y vicios que acababan determinando la conducta de los hombres: la voluntad de poder, el ejercicio del dominio, era (para usar la idea de Jan Kott) el inmutable “gran mecanismo” detrás del movimiento histórico. La confrontación del teatro isabelino con la historia del poder real, desgarradora al mostrar la defectuosa realidad humana del gobernante y de su destino, resultó en catarsis a la entrada al pensamiento racionalista inglés del siglo XVII. Jan Kott sugiere que ese descubrimiento de los ineludibles hilos del poder y la crudeza al expresarlo, han hecho de Shakespeare nuestro contemporáneo.

Ricardo II fue escrita hacia 1595. Más o menos en esos mismos

años, en una ciudad de los confines de la cristiandad occidental, el joven *macehual* chalca Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpáin Cuauhtlehuanitzin ingresaba solitario al servicio de la iglesia de San Antonio Abad; se dice que fue en 1593 cuando fue “donado” a la ermita levantada en el camino de la ciudad de México a Iztapalapa, precisamente en Xoloco, lugar legendario del encuentro entre Hernán Cortés y Moctezuma el 8 de noviembre de 1519. Tenía 14 años, y con seguridad se ocupaba de las labores de mantenimiento de la iglesia, ya fuera como “donado” o como naborío. Pero no sólo se afanó en las tareas de servidumbre: el atento sirviente también se sentó, con el nombre de Dios en los labios, a escuchar los relatos de los viejos sobre reyes y reinas que engañaron a sus pares o fueron sacrificados, sobre las vidas de extraños profetas

migrantes, sobre guerreros esforzados y sobre las pesadumbres de las hambrunas y enfermedades de todos. Tristes historias. Atendía a los hilos del poder detrás de las genealogías de los “señores de la Nueva España”. Escuchaba las narraciones de los sabios memoriosos indios que vieron o supieron leer los libros de pinturas. Al paso del tiempo, esos relatos recogidos y transcritos en papel con caracteres latinos formaron los cimientos de uno de los primeros talleres conocidos de un historiador del siglo XVII; sin duda, el de Chimalpáhin sería el primero que no era dirigido por un fraile. Y en su seno se gestó otro tipo de catarsis, de mucho más largo aliento: la del orgullo mexicano por el pasado propio.

Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpáhin Cuauhlehuanitzin nació la media noche del 26 de mayo de 1579. Lo sabemos por el cuidado que daba a los registros calendáricos absolutos. Como los sabios de entonces, abrevó de lo propio y de lo ajeno. No buscaba la originalidad sino aproximarse a la realidad de las cosas; copió informaciones y formatos: es de notar, por ejemplo, que su recuento de las generaciones de los linajes nobles indígenas son tan intrincados e indescifrables como los del tejido genealógico de las *Crónicas* en el Antiguo Testamento. Y me parece que el paralelismo veterotestamentario con Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, tal y como lo descubrió Edmundo O’Gorman, no es casual. De hecho, los textos bíblicos debieron ser su modelo. Hizo suyos relatos de otros; investigó por su parte, preguntó, buscó entre libros ya desaparecidos referencias

y fechas, comparó y seguramente desechó. Redactó sus *Relaciones*, escribió un *Diario* y guardó sus notas de trabajo. Muy posiblemente, dada la naturaleza enunciativa de las crónicas mexicanas de mano de Chimalpáhin que forman parte de este libro que preparó Rafael Tena, esas notas son las que ahora se presentan y que posiblemente fueron base de los trabajos narrativos del chalca —y de no pocos de sus herederos intelectuales. Con el paso del tiempo, además, estos registros invaluablemente serían fuente para el conocimiento del pasado indígena del área lacustre del México central.

Podemos imaginarlo: se encomendaba a Dios al sentarse en su mesa de trabajo, redactaba sus notas, recopiladas meticulosamente, con curiosidad. Sin el prurito de la nobleza sobre sus hombros, el *macehual* Chimalpáhin buscó y atesoró datos sueltos, cronologías y narraciones sin más propósito que el saber del pasado. Gracias a su trabajo conocemos la historia indígena vista por él y por otros. Fue él quien guardó los escritos de un cronista un poco mayor, él sí de alcurnia, quien a su vez escuchó a su padre, el mexica Hernando Alvarado Tezozómoc. Como las de Chimalpáhin mismo, las de Alvarado son hojas manuscritas con nombres, fechas, hechos secos; eran la materia prima para elaborar narraciones. El chalca, al igual que el mexica, y paralelamente sus contemporáneos el tezcocano Alva Ixtlilxóchitl y el azcapozalca Antonio Valeriano, para abrirse al gran teatro del mundo miraban hacia atrás, hacia la historia propia, a través de la antigua palabra, *huehuetlatolli*, mediante los relatos atesorados por los

orgullosos descendientes de la nobleza indígena. Estos hombres confrontaron también, con resignación y melancolía, su propia tragedia, la de la derrota y muerte de sus reyes y nobles, de los hombres y mujeres de la estirpe de Moctezuma y de Tezozómoc, del linaje de Nezahualcōyotl y Nezahualpilli. Entendían el inapelable destino de su pasado pagano con ánimo distinto al de Shakespeare pero igualmente útil para la vida. Allá, en la Inglaterra isabelina, se estaba a la entrada del racionalismo; aquí, en la Nueva España de los Felipe II y III, en los umbrales del exuberante barroco novohispano, ingenioso y poco racionalista, parroquial y extremoso, pero de cuya excentricidad cultural resultaría el patriotismo criollo y su concepto altivo de la historia mexicana. En su principio, el formato de las historias se reducía al pasado indígena y regional; una generación más tarde los criollos la harían suya y, junto con sus símbolos americanos como el águila sobre el nopal, la extendieron al resto del reino de la Nueva España —a través de los escritos de Mendieta, Torquemada, Sigüenza— en el mediodía del dilema ontológico del ser novohispano que tanto preocupó, y bien ocupó, a O’Gorman... Era el tiempo de la siembra: en esos mismos años en que Chimalpáhin trabajaba en su taller de historiador, otra corriente de pensamiento criollo se abría a la vida virreinal; en 1593, por ejemplo, Bernardo de Balbuena componía su *Grandeza mexicana*, publicado en 1604. Un par de siglos después, durante la cosecha de naciones, las dos maneras de cantar el pasado y las virtudes de México resultaron en la

particular idea que se formó en el siglo XIX y de la que en buena parte todavía participamos.

En el taller de Chimalpáhin los primeros años del siglo XVII, se leyó, cotejó y anotó la *Crónica mexicana* de Hernando Alvarado Tezozómoc. Es lícito suponer que era material de trabajo, al igual que las crónicas del mismo Chimalpáhin y la de Gabriel de Ayala. Así me permite pensarlo la traducción de Rafael Tena de estos seis documentos, despojada de adornos y adjetivos ajenos a los manuscritos originales. Y es posible, también, que el mexicana haya influido sobre el chalca: el sentido del hacer historia, su función, quedó señalada:

Aquí se refiere, se dice cómo llegaron y entraron los antiguos llamados teochichimecas aztlantlacas mexitin chicomoztocas, quienes vinieron a buscar y merecer tierras en esta gran ciudad de México Tenochtitlan, lugar señalado y famoso, donde crece el nopal en medio de las aguas, donde el águila reposa y grita, donde despliega sus alas [al sol] y come, donde bufa la serpiente y nada el pez, donde se mezclan el agua azul y el agua amarilla, donde se incendian las aguas, donde se conoce la fatiga, entre los tules y las cañas, donde se aguardan y se encuentran los hombres de los cuatro rumbos, adonde llegaron a establecerse los trece teochichimecas, los cuales cuando llegaron se asentaron aquí con grandes trabajos.

En la *Crónica mexicana*, Hernando Alvarado Tezozómoc elaboró

un recuento de sucesos del grupo que sería conocido como azteca-mexica entre 1068 y 1579. Escrita hacia 1598 por el entonces ya maduro historiador indígena, fue abrevada por Chimalpáhin y arraigada en su ánimo la intención, el propósito de hacer historia. Aunque herederos arruinados del patriotismo criollo y del romanticismo nacionalista, aun cantamos hoy esa intención; escribió Alvarado Tezozómoc: “Nunca se perderá ni se olvidará [esa palabra], por siempre la guardaremos nosotros, los que somos sus hijos, sus nietos, sus bisnietos y tataranietos, sus descendientes, su color y su sangre; y en adelante la seguirán relatando los que habrán de nacer y vivir, los hijos de los mexicas tenochcas”.

Tezozómoc y Chimalpáhin juntos. Y es que el primer asunto que llama la atención de este volumen es la vecindad de los seis documentos que lo forman. Todos son crónicas de los pueblos del área lacustre de México, puestas en papel a lo largo de distintos años de finales del siglo XVI y las primeras dos décadas del XVII. Cuatro son de la mano de Chimalpáhin, y los otros dos de Hernando de Alvarado Tezozómoc y de Gabriel de Ayala. Las seis, a su vez, refieren el origen de su información en fuentes más antiguas; la *Crónica mexicana en náhuatl*, por ejemplo, menciona haberse comparado “con dos antiguos papeles de anales que hace mucho tiempo dejaron pintados los antiguos mexicas, sabios que vivieron en esta gran ciudad de Tenochtitlan”; o la *Genealogía de los Señores de Colhuacán y de Tenochtitlan* señala “que se sacó de una pintura que dejó el señor Miguel

Sánchez Itzcatzin, vecino de San Sebastián Atzacualco”. La primera explicación de la existencia del conjunto es que todos formaron parte de un solo acervo, el que acopió el paciente historiador chalca. No con afanes de custodia, sino como fuentes de información. Estos papeles, juntos, pasaron después a formar parte del valioso y hasta hace no mucho conjeturado volumen 28 del acervo del sabio criollo Carlos Sigüenza y Góngora; se le agregó entonces, o tal vez en la segunda mitad del siglo XVII, el texto de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. Para esos años, la generación de los historiadores indios, mestizos y castizos se había desgajado; fue el criollo Sigüenza a quien se debe la preservación de los viejos papeles elaborados lejos de los conventos —aunque los suyos y los que compiló pararían en el colegio jesuita de San Pedro y San Pablo al amanecer del Siglo de las Luces. Al mediar ese siglo, el grupo misceláneo de documentos —o alguna copia de ellos— formó parte del también adivinado y no menos atractivo conjunto documental del tomo IV del “Museo Histórico Indiano” de Lorenzo Boturini. Se sabe que Antonio León y Gama realizó las copias que sirvieron a las ediciones que de Alvarado Tezozómoc, Chimalpáhin, Gabriel de Ayala y Alva Ixtlilxóchitl se hicieran en los siglos XIX y XX —como la famosa edición bilingüe de la *Crónica Mexicáyotl*, preparada por Adrián León en 1949.

Reconstruir la lógica que explica la vecindad de estas crónicas e historias no ha sido sencillo. Hace casi tres décadas, el historiador Elías Trabulse advertía al lector

de su espléndido libro *Los manuscritos perdidos de Sigüenza y Góngora* (1988) que:

uno de los mayores problemas al que debe hacer frente es el de la pérdida de las obras manuscritas de todo género, producidas por muchos sabios de esta tierra que a veces consumieron en esos trabajos buena parte de sus esfuerzos y de sus vidas. Basta recorrer las antiguas compilaciones bibliográficas que los registran para lamentar la magnitud de lo que se ha perdido. Sin exagerar, éste es sin duda uno de los hechos más deplorables de nuestra historia.

Y es que el destino de estos documentos, originales del siglo XVI y comienzos del XVII, y sus copias de los siglos XVII y XVIII, ha sido azaroso. Tanto así, que nos devuelve por otra vía a Londres. Explica el editor y traductor de las crónicas reunidas en este libro, Rafael Tena, que en 1982 la British and Foreign Bible Society decidió depositar su acervo documental en la Biblioteca de la Universidad de Cambridge. La colección de sus manuscritos inició hace casi dos siglos, entre 1827 y 1834. El contexto cultural británico de esos años nos permiten conjeturar el valor que se les dio a los manuscritos indígenas: era una década después del asombro que las antigüedades mexicanas causaron en Londres durante la Feria de 1825; fueron los años en que el desafortunado Lord Kingsborough comenzó a publicar sus *Antiquities of Mexico*, impulsado por el descubrimiento del “arte de la escritura” prehispánica luego de su visita a la

Feria de Londres, tal vez con la carga del hermetismo cristiano inglés de finales del siglo XVIII.

Pero el olvido es una máquina poderosa, y no sin sorpresa explica Rafael Tena que fue hasta la publicación del catálogo de manuscritos de la Biblioteca de la institución bíblica y del análisis de sus contenidos cuando se descubrió que los dos primeros volúmenes del llamado Manuscrito BFBS 374 tenían “las obras completas de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, en el texto español original y a veces autógrafo que había pertenecido a Carlos Sigüenza y Góngora, mientras que el tercero y último volumen del mismo manuscrito contenía alrededor de 40 documentos, la mayoría de ellos escritos en náhuatl y en la caligrafía de Domingo Chimalpáhin, habiendo pertenecido igualmente a la biblioteca de Sigüenza y Góngora”. Se sabe ahora que José María Luis Mora tuvo en su poder este valioso tomo hacia 1827 y los donó ese año a James Thomson, de la Sociedad Bíblica, quien se los llevó a Londres. Por estar compilados en un solo volumen encuadernado, sus estudiosos conjeturan razonablemente que esta colección de la Bible Society fue recopilada por Sigüenza y Góngora y resguardada en la biblioteca del Colegio de San Pedro y San Pablo de la Compañía de Jesús, de donde fueron copiados por Boturini primero, y León y Gama más tarde. Es de suponer que Mora los adquirió, o los tomó, si todavía estaban ahí, de la biblioteca jesuita.

Los listados de documentos en los que aparecen las seis crónicas que Tena ofrece en este tomo refieren a varios manuscritos más que también fueron avecindados, como

los que señala el tomo IV del “Museo” de Boturini titulado “Varios fragmentos de Historia Mexicana de diferentes Autores”, en cuyas 118 fojas se incluían, además de los de Chimalpáhin, Alvarado Tezozómoc y Gabriel de Ayala, los de Alva Ixtlilxóchitl, las “Memorias de unos Autos que siguió en el superior gobierno de México don Constantino Huitzimengari, hijo de don Antonio y nieto del gran Cazontzin [...]”, “Un fragmento de los Señores de Tetzcuco [...]” por don Juan de San Antonio, otro más de Juan de Pomar y varias crónicas y relaciones anónimas. Pero no por ello este trabajo de Tena resulta incompleto: el editor nos pone en las manos la transcripción de los originales compilados por el mismo Chimalpáhin y obtenidos por Sigüenza, mientras los que luego formaron parte del tomo IV del “Museo” son ya compilación de Boturini.² En este sentido, además de la lógica que sigue de completar con este cuarto trabajo las obras del historiador chalca preparados por Tena para la serie Cien de México, con espíritu humanista ofrece las fuentes en su pureza lingüística: la transcripción de los textos paleografiados del náhuatl y su traducción —y en su caso el trasvase del castellano antiguo— al castellano moderno sin más interpolaciones que las del propio cronista indígena.

Un segundo asunto destaca de la lectura de este trabajo, tal vez derivada de la ronda de las generaciones —para robar la frase a Luis

² Citado por Elías Trabulse, *Los manuscritos perdidos de Sigüenza y Góngora*, México, El Colegio de México, 1988, pp. 33-34.

González y González. Así, por ejemplo, Hernando Alvarado Tezozómoc casi a la manera de los clásicos grecorromanos integra literalmente la voz dirigente y terrible de los dioses en los sucesos humanos, esto es, incorpora al *deus ex machina* en su relato histórico; en contraste, el más joven Chimalpáhin apunta la voluntad humana y las decisiones políticas como motor del acontecer histórico. Así, por ejemplo, en Alvarado Tezozómoc leemos que el “diablo Tetzáhuatl Huitzilopochtli” hizo salir a los teochichimecas chicozotques de Aztlán; él los dirigió hacia los distintos lugares en los que se asentaron; señaló el punto del pacto sagrado con el quiebre del corpulento ahuehuete —cuya lectura glífica hace pensar en la Tira de la Peregrinación—; el dios les movió enemistades y guerras, les cambió el gentilicio de “aztecas” a “mexitin”, les separó de los michoques de Pátzcuaro... Habló a través de su sacerdote que llevaba su nombre para definir su ser en la memoria del mundo cuando dijo:

Padres míos, no es mi oficio el que practica Malinalxoch; [no es ése el oficio] para el que salí y fui enviado, porque a mí se me ha dado la flecha y el escudo, y mi oficio es la guerra. Con mi pecho y con mi cabeza conquistaré todas las ciudades; esperaré y encontraré a la gente de los cuatro rumbos, les daré de comer y de beber, reuniré a los diversos pueblos. Mas no en vano los he de conquistar, sino para tener casas de chalchihuite, de oro, de plumas de quetzal, de esmeraldas, de coral, de cristal pintado, y variadas plumas preciosas de

azulejo, tlauhquechol y tzinitzcan, cacao y algodón de colores; todo lo tendré, porque esa es la misión para la que fui enviado.

Y entonces los mexitin reanudaron su migración. Luego el mismo dios guerreó, en la geografía del mito que reproduce el juego de pelota, con Coyolxauhquíhuatl y los centzonhuiznahuas... El dios, todavía con rostro de demonio, dibujó los esfuerzos y fatigas para llegar al lugar del portento que anunciaba el sitio de la futura Mexico-Tenochtitlan: desde Chapultepec fueron expulsados, y de Tizapán perseguidos; debían llegar al tular y atender al águila sobre el nopal que nació del corazón de Cópil, sobrino y enemigo de Huitzilopochtli, hijo de Malinalxoch. Un nombre curioso aparece en este relato: el sacerdote Cuauhcohuatl, “Águila-serpiente”, es quien llega al nopal; la primera representación conocida del águila devorando una serpiente es del códice Durán, pintado hacia 1579-1581, fechas en las que Alvarado Tezozómoc escuchaba de su padre, Diego Alvarado Huanitzin, y de su tío Pedro Tlacahuepantzin, y de los nobles Diego de San Francisco Tehuetzquitzin, todos ellos indios principales de Tenochtitlan, el relato del mito —y en él, posiblemente, el nombre del sacerdote fundador “Águila-serpiente” —, narración oral que años después transcribiría. ¿Es el nombre del misterioso sacerdote el origen del símbolo del águila devorando a la serpiente? No es posible saberlo; pero para los años en que Alvarado Tezozómoc redactaba, muy cerca el franciscano fray Gerónimo de Men-

dieta escribía su *Historia eclesiástica indiana*, obra que el mito de Huitzilopochtli y los símbolos paganos de Tenochtitlan, si atendemos al inquietante ensayo de Jorge González Angulo sobre este tema.

Por su parte, tal vez con mente más alejada de los portentos y sin duda más apegada al dogma de Trento, Chimalpáhin no da protagonismo a Huitzilopochtli. Aparece, de vez en vez, como un silencioso fetiche, como figura de paganos, no como espectro ni diablo. Y ello no porque ya no flotara en el ambiente cierta obsesión misionera. Las interpolaciones de Chimalpáhin sobre los falsos dioses y el providencialismo cristiano no son abundantes pero sí destacables como reiterado acto de fe del chalca. Es que el fantasma de la sospecha de herejías y falsedades revoloteaba de vez en vez... En la primera década del siglo XVII fueron destruidas las esculturas retrato en piedra de los señores mexicas que estaban en las faldas de Chapultepec, por el prurito de “despertar” la antigua tentación politeísta. Una generación más tarde, en 1684, Carlos de Sigüenza y Góngora señalaría en su libro *Parayso occidental* que desearía poder imprimir “lo mucho que he comunicado a los indios para saber sus cosas, puedo decir que me hallo con cierta ciencia de las idolatrías, supersticiones y vanas observancias en que entienden y de que me alegraré me mandasen escribir para su remedio”. Es de suponer que entre otras idolatrías, hablaría de las antiguas que reseñó Alvarado Tezozómoc en los papeles que hoy Tena pone al alcance de los lectores, mismos que ya entonces estarían en la colección del sabio novohispano.

Muchos otros asuntos resaltan en la lectura de este grupo documental. Entre los más inquietantes está el de un Cuauhtémoc que no era muy distinto a los nobles ingleses de las tragedias históricas de Shakespeare, al señalar que en medio de la guerra de conquista, el tlatoani mandó matar a dos hijos de Moctezuma sin más agravio que los celos políticos y la desconfianza; pero, al igual que las historias del dramaturgo inglés, Alvarado Tezozómoc resuelve con crudeza la muerte de Cuauhtémoc el 7 calli, 1525:

En este año los tlatoque y los michuaques levantaron falso testimonio contra Cuauhtemotzin y los otros tlatoque en Hueymollan, cuando allá los llevó don Fernando Cortés, marqués del Valle. Acusaron a los tlatoque Cuauhtemotzin, tlatoani de Tenochtitlan, y Tetzpanquetzatzin, tlatoani de Tlacopan, de que querían hacer la guerra a los españoles; y quien calumnió fue Cotzemexi, natural de Tlatelolco. Cuando el marqués prestó oídos a la calumnia, hizo luego bautizar a los tlatoque Cuauhtemotzin y Tetzpanquetzatzin y al cihuacóatl Tlacotzin; y estos son los nombres que [los señores] tomaron en bautismo: el primero se llamó Fernando Cuauhtemotzin; el segundo, don Pedro Tetzpanquetzatzin; y el tercero, don Juan Velazquez Tlacotzin. [...] después de bautizarlos, los sentenció con la justicia el Marqués; y ambos tlatoque murieron en Hueymollan, colgados de una ceiba.

La visión de Shakespeare y Alvarado Tezozómoc es parecida; la similitud, por supuesto, es una coincidencia. Pero es una de esas coincidencias que se dan entre mentes lúcidas; tal vez mirar con inteligencia el factor humano en las realidades políticas no tiene época y lugar fijos.

Por su parte, Chimalpáhin escribió en la *Crónica Mexicana en náhuatl*:

3 Calli, 1521. En este año se enseñoreó Cuauhtemotzin, hijo de Ahuiztotzin, como tlatoani de Tenochtitlan, en febrero según calendario cristiano (...) En este mismo año de 3 Calli, el 13 de agosto, fiesta de San Hipólito mártir, en el día de signo Cóhuatl, perecieron los mexicas tenochcas; entonces fue hecho prisionero el señor Cuauhtemotzin [...]. Enseguida se ponen los nombres de los tlatoque de México que fueron llevados a Cacachinanco, de donde luego los condujeron a Coyohuacan; y allá les pusieron cadenas en los pies, por órdenes de don Fernando Cortés, marqués del Valle. Allá les quemaron los pies, cuando los investigaron en relación con el oro que los españoles habían perdido en Tolteca Acalloco, cuando salieron huyendo de noche y se fueron a Tlaxcallan. En Coyohuacan estuvieron presos estos tlatoque: el primero, don Fernando Cuauhtemotzin, tlatoani de Tenochtitlan; el segundo, el calpixque don Andrés de Tapia Motelchiuhtzin [...] La relación que aquí se asienta fue bien verificada, pues se vio y se comparó con dos antiguos papeles de anales que hace mucho

tiempo dejaron pintados los antiguos mexicas, sabios que vivieron en esta gran ciudad de Tenochtitlan.

También consignó en su *Genealogía de los Señores...* que tomó los datos sobre la muerte de Cuauhtémoc de “una pintura que dejó don Alonso Jiménez, vecino de Culhuacán”.

Vale una nota de paso. Los textos de los historiadores indígenas no fueron publicados sino hasta el siglo XIX. Fuera de los eruditos que habían consultado sus papeles —originales o copias—, no se conoció su punto de vista directamente. No así los comentarios a sus investigaciones y a sus afirmaciones: la raíz indígena del patriotismo criollo está, ciertamente, en los papeles de Alvarado Tezozómoc, Chimalpáhin, Ayala, Alva Ixtlilxóchitl..., pero a través de Sigüenza, Boturini, León y Gama, en los extremos inicial y final del mundo barroco. No es casual que ninguna de estas fuentes indígenas fuera consultada, para la elaboración de los óleos de carácter historiográfico con tema de la Conquista que abundaron desde finales del siglo XVII hasta mediados del XVIII, como los bautizos tlaxcaltecas o el de Ixtlilxóchitl de Tezcoco, o los biombos y enconchados de la Conquista; según podemos ver en las composiciones de esos cuadros que se exhiben en los museos y en los templos de Tlaxcala, los pintores y sus patrocinadores y comitentes abrevaron de Bernal Díaz del Castillo y de Antonio de Solís, de donde bebieron también los cronistas de las órdenes, como los mercedarios, para dar color e imagen a su abigarrado espacio.

Subterráneamente, sin embargo, desde comienzos de la vida independiente germinó la historia prehispanica de los cronistas de la primera hora indígena (y mestiza y castiza) y las obras de los frailes etnógrafos. Hoy es dable suponer su lugar en el teatro del mundo. Y en ese contexto, en el del conocimiento de las notas de mano de aquellos curiosos del pasado propio, debemos valorar esta edición que ofrecen Rafael Tena y Cien de México.

Y es posible, además, calibrar el trabajo del traductor-editor. En *La ciudad de las palabras* Alberto Manguel reflexionó sobre las lenguas, los ladrillos de Babel, y sobre su naturaleza como el canto de las

sirenas. Las sirenas cantaban historias: las de todos, las de cada uno. El peligro de escucharlas era igual para griegos y para bárbaros; su canto debía tener una lengua universal, cuyo vocabulario es inexistente. Pero es posible escucharlas. Se requiere entonces un trasvase. Escribió Manguel al respecto:

El paso de un vocabulario a otro para entenderse fue (y es todavía) uno de los misterios esenciales del acto intelectual. Si una comunicación semántica, oral o escrita, coloquial o literaria, depende de las palabras que la constituyen y de la sintaxis que la gobierna, ¿qué es lo que preservamos cuan-

do sustituimos éstas por otra sintaxis y otras palabras? [...] ¿Qué traducimos cuando decimos traducir? Ni sentido, ni sonido, sino algo que sobrevive a la transformación de ambos, eso que queda cuando eliminamos todo. No sé si esa esencia puede definirse, pero quizá, analógicamente, podemos entenderla como el canto de las sirenas.

Podemos acercarnos a algunas de esas historias porque Rafael Tena ha escuchado el canto de las sirenas atado al mástil de su proyecto intelectual vital, y las ha traducido con los otros textos de Chimalpáhin para nosotros.

Los monederos del rey

Eduardo Flores Clair

Felipe Castro Gutiérrez, *Historia social de la Real Casa de Moneda de México*, México, UNAM, 2012.

Ser historiador sin dejar de ser ameno; sin duda este fue uno de los propósitos de Felipe Castro al escribir este libro. *Historia social de la Real Casa de Moneda de México* es un recorrido a lo largo de la época colonial, donde se nos mues-

tra con paso pausado cada espacio del interior de la fortaleza donde se fabricaban las resplandecientes monedas que circulaban por buena parte del mundo. Desde la llegada de los españoles, ese espacio fue símbolo del poder y la grandeza del monarca. La historia transcurre en el lugar donde se conservaba el mayor tesoro de la ciudad de México. Ahí, entre altos muros, puertas infranqueables y con arcas de tres llaves, se construyó el templo del tesoro novohispano.

Por sus corredores emprendía un viaje sin retorno una fabulosa riqueza. Rafael de Lardizábal, superintendente de la Casa, calculó que entre 1733 y 1822 se produjeron en promedio anual 18 millones de monedas.

Este libro ofrece grandes posibilidades para revisar una etapa fundamental en nuestra historia, pero a la vez permite reflexionar sobre el método de análisis utilizado e inclusive sobre ciertos aspectos que resultan polémicos. Detrás